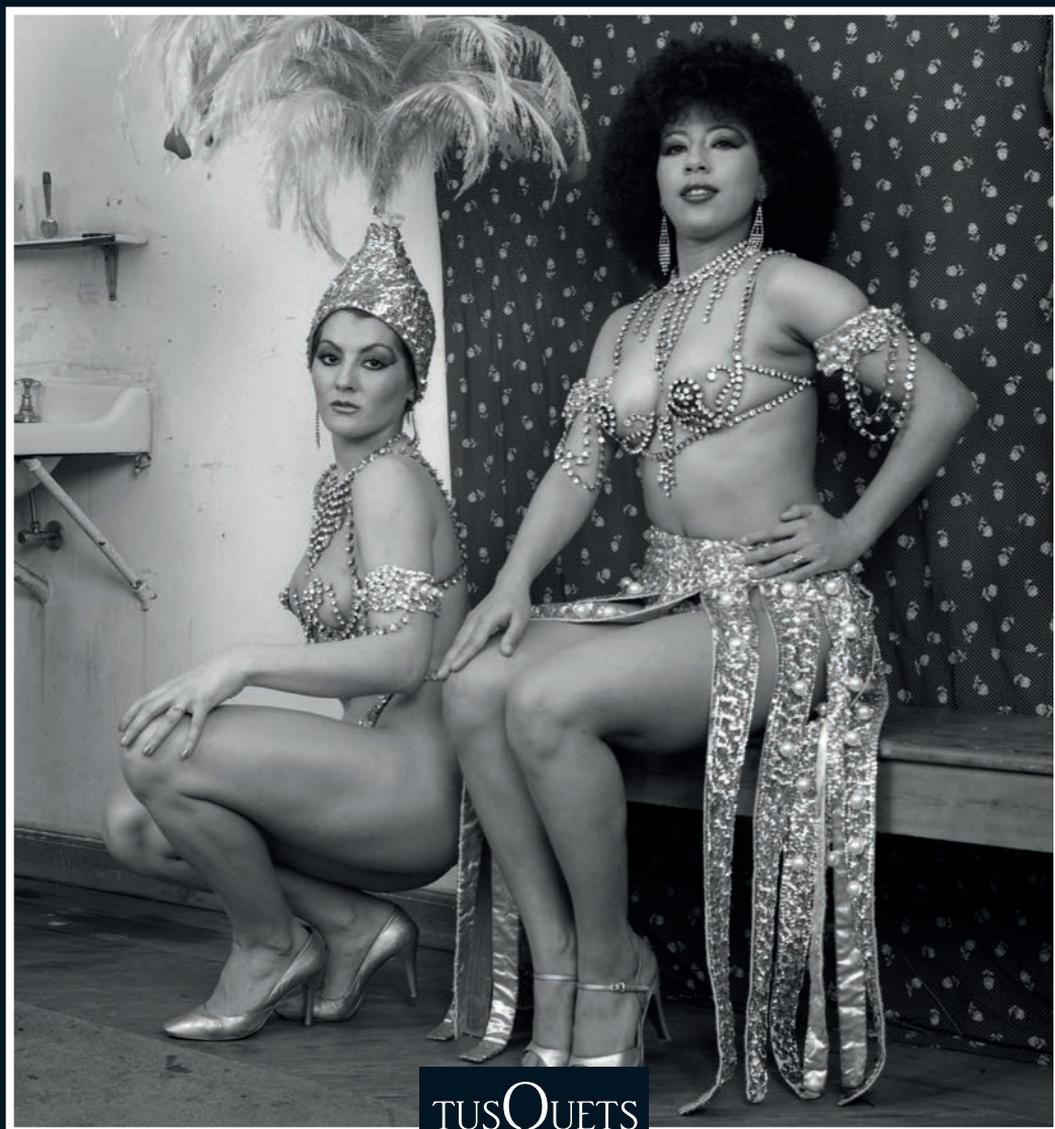


Eduardo Mendicutti

UNA MALA NOCHE LA TIENE CUALQUIERA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

UNA MALA NOCHE LA TIENE
CUALQUIERA

Obras de Eduardo Mendicutti
en Tusquets Editores

ANDANZAS

El palomo cojo
Los novios búlgaros
Fuego de marzo
Yo no tengo la culpa
de haber nacido tan sexy
El beso del cosaco
El ángel descuidado
California
Ganas de hablar
Mae West y yo
Otra vida para vivirla contigo
Furias divinas
Malandar
Para que vuelvas hoy
Una mala noche la tiene cualquiera

LA SONRISA VERTICAL

Siete contra Georgia

1.^a edición en la col. La Flauta Mágica: octubre de 1988
1.^a edición en la col. Andanzas: febrero de 2021

© Eduardo Mendicutti, 2021

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-911-2
Depósito legal: B. 298-2021
Fotocomposición: Realización Tusquets editores
Impresión y encuadernación: Rotapapel
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Una mala noche la tiene cualquiera

Qué sobresalto, por Dios. El Paco se fue a su casa en taxi, que cuesta un dineral, hasta el pueblo de Vallecas, y yo me vine a la mía, a encerrarme con siete llaves, nerviosísima, que hacía siglos que no me sentía tan descontrolada, ni siquiera por un hombre. En seguida puse el loro, o sea Radio Nacional, pero allí sólo daban música de zarzuela; bueno, para mí que era zarzuela. Me quedé quieta, en cuclillas, pegadita al transistor, a ver si decían algo, si daban el parte. Claro que cuando yo llegué a casa y puse el transistor eran sólo menos diez —las ocho menos diez—, me acuerdo divinamente, y hay que ver cómo son siempre de puntuales esas mujeres de Radio Nacional; una cosa mala, puntuales hasta morir. Qué coraje. Allí estaba yo, con el corazón en un puño, arrugadita como un perrillo enfermo, lo mismo que la Bau-

tista en *Locura de amor* junto al ataúd de su hombre —que menudo pendón tenía que ser el gachó, todo hay que decirlo— y las de Radio Nacional impertérritas, oye, hay que ser sangregordas. Y a mí es que iba a darme algo: un ataque, un soponcio, una alferecía. Malísima me estaba poniendo. Una descomposición de cuerpo estaba entrándome que no la puedo ni explicar. En cinco minutos que faltaban para las ocho a lo mejor me daba tiempo a prepararme algo. No quería perderme del parte ni media palabra. Claro que yo necesitaba algo urgentemente: una tila, un Valium, lo que fuera. Un tío. La verdad es que a mí lo que me arregla el cuerpo es un tío, y hasta creo que lo dije en voz alta. Qué espanto. Menos mal que no me escuchaba nadie.

Qué número, por Dios: hala, a tiro limpio, todas al suelo, se acabó lo que se daba, guapos. Qué cosa más ordinaria. ¿Qué nos iba a pasar ahora? Ahí pudo servidora comprobar que nada hay más malo que no saber, qué angustia. Y dieron las ocho y las de Radio Nacional como si nada, mudas; igual habían caído todas muertas. Eso sí, yo de Radio Nacional no me cambiaba ni loca. Algo tendrían que decir. Lo mío por Radio Nacional ha sido siempre una devoción, desde que era chi-

ca. Bueno, desde que era chico, que con esto de mi juventud me hago un lío horroroso. Nunca sé por dónde tirar. A veces lo pienso, y es como si no fuera conmigo: La Madelón no tuvo juventud, nació con la verde. Ahora a la cartilla militar le llaman la blanca, porque es blanca —por lo menos la de los paracaidistas—, pero antes, en mis tiempos, le llamábamos la verde, porque era verde. Si es que una cuando se pone a explicarse es una eminencia. Ya me lo decía mi madre, que en gloria esté, la pobre: «Manolito, tú como Pemán». Y es que a mí de chava, aparte de disfrazarme de la Rivelles en *La leona de Castilla* y de Lola Flores en *La Marquesa de Benamejí*, me daba por escribir y me salían unos versitos preciosos. Luego lo dejé porque siempre me salían los mismos, para qué voy a decir otra cosa. Lo que no dejé fue aquel empeño de ser artista, que para eso estaba La Mediopolvo —una de mi pueblo— que viajaba a Madrid una barbaridad y siempre me contaba cómo era de maravilloso en la capital el mundo del teatro. Así que nada más terminar la «mili» me vine a Madrid, que allí en mi pueblo uno no podía realizarse ni nada —un pueblo grande, precioso, que se estudia en la escuela porque allí desemboca el Guadalquivir— y como a los cinco

meses, aquí en Madrid, nació La Madelón. Al comienzo, de tapadillo. Servidora y La Begum —que por entonces todavía quería llamarse Fátima, porque sonaba medio moro y medio cristiano y le daba menos apuro, que eso de La Begum queda mono y tiene la mar de empaque, pero resulta un poquito exagerado, la verdad— nos pasábamos horas pintándonos como un coche, a escondidas, en el cuarto de la fonda, por Argüelles, delante de aquel espejo chiquitísimo en el que nos teníamos que mirar por turnos. Qué tiempos. Ayer como quien dice. De pronto, no sé por qué, allí pegado al transistor y en cuclillas, que ya me empezaban a doler las corvas, me dio por pensar en todo aquello, en nuestros primeros meses en Madrid, nuestro primer trabajo de dependientes en una mercería grandísima que todavía existe, junto a la Puerta del Sol, pegadita a la Dirección General de Seguridad —nos hicimos la mar de amigas de un montón de grises, casi todos andaluces o extremeños, o sea paisanos, y guapos de morir—, nuestras noches del sábado en las tascas de Echegaray, que se ponían de bote en bote de gente de ambiente, y aquellas maravillosas tardes de domingo en el cine Carretas, cuando aún se hacían las cosas con un miramiento y una com-

postura y lo mismo te hacías a un conde o a un marqués de los de antes, de los de verdad... Aquello fue mi juventud, o sea la juventud de Manuel García Rebollo, que es mi gracia. La Madelón nació después y, como cualquier mujer divina que se precie, no tiene pasado.

Cuando pienso que La Madelón —o sea, servidora de un tiempo a esta parte— no ha tenido juventud, me entran unos repelucos la mar de dramáticos. Claro que, para repelucos, los de aquella noche de febrero. Para mí que por Radio Nacional lo que daban era *La verbena de la Paloma*, pero luego me dijeron que no, que era música militar; o sea, «El novio de la muerte» o algo así, me imagino. Qué raro que a mí no me sonara, con lo que es una para lo militar. Pero tampoco me extraña, que lo descompuesta que yo estaba es como para no creérselo. Y, para colmo, La Begum sin aparecer. ¿Dónde se habría metido? De pronto me dio por pensar en eso. Claro que la gachí lo mismo estaba en primera fila, hala, como en el hipódromo; inconsciente siempre fue como para eso y para mucho más. Y las de Radio Nacional seguían en plan Belinda, qué mujeres. Así que, como no había noticias, con algo tenía que entretenerme, y me dio por pensar que La Begum estaba ya cami-

no de un campo de concentración. Una es así de novelera. En seguida pienso en cosas horribles. Tampoco es que una sea de mucho pensar, las cosas como son, pero de vez en cuando sí que me gusta, me encuentro yo de lo más intelectual y de lo más etérea, sobre todo porque casi siempre pienso en cosas de mucho sufrir y me encanta. De modo que ya veía yo a mi Begum hecha unos zorros, sin pintar y sin nada, rodeadita de porquería y de unos soldados alemanes maravillosos de guapos, y ella en los huesos, demacrada, zarrapastrosa, pero divina a pesar de todo, lo mismo que Vanessa Redgrave en *Julia*, qué mujer tan ideal. Yo de repente es que no cabía en mi cuerpo con sólo pensar en aquella chiquilla suelta por ahí, con la que podía armarse en cualquier momento. En circunstancias así, una se siente como una madre, no puedo remediarlo. Y eso que La Begum sólo es un año más joven que yo, las cosas claras, pero es que se comporta como una criatura: se desquicia en cuanto ve a uno con cara de mojamé. Y mira que hay. Cantidad. Pues por ahí andaría, detrás —o más bien delante y boca abajo— de un Hassan cualquiera. Si es que se pierde. Y aquella noche se podía perder del todo. Yo no lo podía comprender. ¿Es que no se había enterado de nada? Pero

si a las siete y media de la tarde —a los diez minutos justos de que empezara la movida— ya lo sabía todo Madrid... En la calle me enteré yo. Iba de lo más maqueada, bajando desde la Telefónica —había venido en el Metro y salí por José Antonio— hacia Callao, que había quedado con mi Paco en la puerta del café Nebraska, el grande, el que está enfrente de la cafetería Zahara, y venga a pasar coches de la pasma armando una bulla espantosa, y yo diciéndome ¿qué pasará?, pero no pregunté, que ya una llama suficientemente la atención de por sí como para andar encima por ahí preguntando cosas. De modo que me aguanté como pude la curiosidad, y eso que todo el mundo hacía corrillos en las aceras y mi Paco andaba por allí, por delante de la cafetería, mirando de un lado a otro, con esa cara de retrasadillo mental que se le pone a veces al angelito —en compensación, Dios le dio otras cosas muy desarrolladas— y hecho un brazo de mar, con su traje gris marengo con chaleco, su camisa celeste, su corbata burdeos, su abrigo azul marino: guapo de desmayarse. A mí, la verdad, como me gusta mi Paco es con uniforme de conductor de autobús —ay, un uniforme es un uniforme y una reconoce su cojera—, pero la verdad es que aquella tarde mi Paco estaba guapísimo

vestido de corriente. Así que me colgué de su brazo, muy peliculera, y le pregunté ¿qué es lo que pasa, nene?, y él, que tiene una facilidad graciosísima para imaginarse cosas, me dijo no sé, tú, seguro que es la ETA. Porque eso sí, venga a pasar coches de maderos con el pito a tope: lecheras atiborradas de policías de uniforme y coches camuflados de la social. Planes, lo que se dice planes, no teníamos ninguno, lo único que teníamos que pasarnos por la tienda de unas amigas, de esas que van de discretas por la vida, dos chicos muy majos, la verdad —son filatélicos y numismáticos, y a mí eso siempre me ha sonado como a vicio de la India o de por ahí, cosa del *Kamasutra*, algo como incestuoso y hereditario, pero bien visto, un vicio como muy tranquilo, aunque de muchas posturitas—, porque tenía que encargarles un juego de monedas del Mundial 82 para un novio legionario que venía a verme algunos fines de semana, desde Leganés —mi Paco de eso no sabía ni palabra; mi Paco no sabía ni palabra del rollo de los paracaidistas; mi Paco estaba en Babia (bueno, eso pensaba yo: a lo mejor lo sabía todo y le importaba un higo)—. Allí, en la tienda, me lo dijeron: «Ha entrado la Guardia Civil en el Congreso, y los tienen a todos secuestrados».

Así que allí andaban lo que se dice todas, la *crème de la crème*, por la moqueta, y las cosas, a las ocho y cuarto de la tarde, debían de seguir igual, porque en la radio seguían sin decir ni pío. A mí estaba a punto de darme el ataque. ¿Qué sería de nosotras? Lo mismo les daba por volver a lo de antes. Qué sofoco. Agua de azahar me hubiera venido de perlas. Bueno, cualquier cosa. Un té, una manzanilla, algo que me entonase el estómago, que lo tenía engurruñado del susto. ¿Y qué iba a pasar ahora con la libertad? Me dio por pensar en eso. Y es que a mí me hace falta la libertad. Porque, si no, a ver de qué como. Qué espanto. Seguro que al final acabarían matando a La Madelón —ataúd forrado de raso granate, corona de nardos, hábito de las Arrepentidas— y habría que resucitar a Manolito García Rebollo, natural de Sanlúcar de Barrameda —tierra de los langostinos y de la manzanilla—, hijo de Manuel y de Caridad, soltero, de profesión artista. «O sea, maricón», se vio que pensaba el de la ventanilla de la Comisaría, la última vez que fui a renovar el carné de identidad. Y eso que me vestí de macha, más o menos. Pero es que en el carné de identidad una sigue siendo Manuel García Rebollo, con mi cara lavada y mi pelo recogido lo mejor posible,

achicharrarlos con la sangre hirviendo de los judíos, los gitanos y las reinas de toda España.

Y La Begum, la muy locaza, sin aparecer. Seguro que tenía el Corán metido hasta las amígdalas, y todo lo demás se lo habría dejado la tía desconectado. Ella es así. Incansable. Despegada. Y zoquete. Sin ningún fundamento. Yo la quiero mucho, pero las cosas como son. A esa mujer, a La Begum, es que le importa un rábano todo lo que no sean los bajos de Alá, y lo que menos le importa, por supuesto, son sus compromisos de ciudadana. Qué calamidad. Y lo que yo digo: eso no puede ser, en los tiempos que corren. Cuando las últimas elecciones, con todo aquel mogollón del censo y la madre que los parió, servidora movió cielo y tierra para poder votar en Madrid, que aquello de hacerlo por correo no me merecía confianza ninguna, y me presenté en mi mesa electoral, la que me correspondía, a media mañana, cuando había más barullo, elegantísima, que fue una sensación, y eché la papeleta del Partido Comunista y lo dije en voz alta: «Yo voto comunista». Fue divino. El interventor del partido no sabía dónde meterse; el muchacho estaba como un tren, todo hay que decirlo, que el rojerío siempre ha dado muy buen género. En la mesa había una mon-

ja de presidente, que ni a cosa hecha habría salido más propia, y a la pobre le dio como un parálisis, no hacía más que mirar la foto del carné de identidad, que no se lo creía, por lo visto; «Mire, madre», tuve que decirle, «es que servidor es artista, aquí lo pone, pero debajo de toda esta decoración está Manuel García Rebollo, para servirle». Y me dejaron votar.

Qué satisfacción. Qué tiempos. Hace nada, como quien dice. Aquel día, después de soltar la papeleta y armar el taco —que el deber no tiene por qué estar reñido con esas ganas que a una le vienen cada dos por tres de dar el golpe (Ay, Jesús, el golpe no; quiero decir llamar un poquito la atención, hacer algo vistoso, pero sin maldad ninguna, ya se entiende)—, después de echarle un vistazo al ambiente, que tampoco es que fuera como para alucinar, me vine a mi casa a soñar con la libertad. Huy, sí, qué cosa más bonita. Me la imaginaba divina, todo la mar de bien, para todo el mundo lo mejor de lo mejor. La gloria. Y había, en cambio, que ver cómo era aquella noche. Como un callejón, como boca de lobo. Qué diferencia. Cualquiera se ponía a soñar con nada. Ay, por Dios, qué disgusto. ¿Y dónde se habría metido aquella mujer? Si es que a cabraloca nun-

ca le ha ganado nadie, y no creo que a estas alturas vaya a tener remedio. Seguro que no se había enterado; La Begum nunca se entera de nada, como no sea del tamaño de la Meca. Con el resto, ni se inmuta. Todo se lo gasta en ponerse mona y echarse encima toneladas de marcharipé. A una se le ocurre insinuarle cualquier cosa medianamente formal, y le entra jaqueca. Cuando las últimas elecciones, unos días antes, servidora le preguntó: «Guapa, ¿tú por qué piensas votar?». Y ella dijo: «Yo, por lo más caro», y arrugó el hocico, y echó para atrás su mata de pelo, y se marcó un desplante de lo más exagerado. Y luego, a la hora de la verdad, la muy bruja se abstuvo. Qué poca conciencia.

A lo mejor estaba en Marabú. No podía ser, aquella noche no habría espectáculo, segurísimo, bueno estaba el percal. Claro que yo tenía que llamar a la sala de todos modos. Lo mismo estaba allí, la muy lagarta, repasando el número, que buena falta le hacía. Antes, aún tenía un pasar con «Ojos verdes», por la Piquer —tampoco es que lo bordara, porque ella para el trabajo siempre ha sido tirando a chacueca, pero al menos le quedaba aparentón—, sólo que ahora le ha dado por lo moderno y el «Tugueder» de la Chirli Basi le

sale un churro. Pues nada, ella emperradita. Y menos mal que el Federico es un sol y se lo estuvo permitiendo, a ver si mejoraba. Eso sí, la obligaba a ensayar, como tiene que ser, de forma que lo mismo La Begum estaba de entrenamiento, que la próxima vez que se cambie el nombre le pienso proponer que se ponga La Inoportuna.

Jamás me he sabido de memoria el teléfono de Marabú, el cabaret más elegante de Madrid en su género, como dice la publicidad; una manita de pintura sí que le hace falta, pero bueno. Como las de Radio Nacional seguían mudísimas, me fui dando traspiés al dormitorio a buscar el teléfono de Marabú. No sé ni cómo lo encontré, tenemos como quinientas agendas y todo está apuntado al voleo, por donde pille: nosotras somos así. Marqué allí mismo, en el dormitorio, y al principio me pareció un timbre raro, y como además no contestaban pensé: «Guapa, eso está más vacío que el chichi de Fabiola». Pero qué va, por fin descolgaron y una voz medio misteriosa dijo:

—Alóu...

La reconocí en seguida:

—Ángel, hijo, ¿qué pasa, quién hay por ahí?

—¿Quién habla? —preguntó él como si fuera

el encargado de recoger los recados en el palacio de Buquinján.

—La Madelón, hijo, perdona. Es que en cuanto me descuido me sale esta voz de marimacho. Qué cruz. ¿Tú cómo estás, cariño? ¿Te has enterado?

—Ya.

—¿Quién hay contigo?

—Nadie.

Siempre es igual. Este hombre iba para predicador. Qué elocuencia.

—Escucha, niño —le dije—. De La Begum no sabes nada, ¿verdad? Si por un casual le da la ventolera y aparece, que me llame. Que no se te olvide, corazón. Hoy no habrá espectáculo, supongo; yo estoy en casa, ¿sabes? Y escucha, titi: no largues tanto no te vayas a quedar afónico, piquito de oro. Chao.

Qué labia tiene la criatura, por Dios. Eso sí, cuando contesta el teléfono siempre dice «Alóu...» igual que si estuviera en Jaguai. Cómo es. Guapísimo. Bueno, era guapísimo. Ahora se ha puesto inmundo. Está gordísimo. Pero ha sido lo más guapo de Madrid. Hasta La Soraya lo reconoce. Claro que ésa, con lo pécora que es, se lo pasa en grande: «Huy, ¿de cuántos meses estás?, ji-ji-ji, qué

barbaridad, ¿quién te cuida?; ahora en serio, Ángel, de verdad, vigílate un poco, hay que ver la barriga que estás echando, qué lástima; pero no importa», le dice luego, sobona, y pone cara mariagoreti, menuda arpía, «no te preocupes, siempre estás hermoso; claro que sí, Ángel es un chico muy guapo»; y después de eso La Soraya se embarca siempre en las mismas explicaciones: que no importa tener un poquitín de estómago —como ella—, que un estómago alto hasta queda bien, elegante, lo que hace feo es la barriga del ombligo para abajo, fíjate, yo no estoy gordo, estoy hermoso, y la tía es un salchichón, siempre tan apretadísima. Ángel, con el cuajo que Dios le dio, ni se inmuta. Es de verse la parsimonia con que se lo monta todo el gachó. Y desde siempre, porque ése lleva haciendo la carrera desde que hizo la primera comunión, como muy tarde. Yo siempre le recuerdo igual. Ha engordado una cosa mala, ya digo, pero siempre ha estado de vicio y siempre ha tenido esa pinta de chulo discreto, tranquilote y ceremonioso, muy atento él y muy de pensarse cada palabra una barbaridad, siempre vestido de una manera curiosa —o sea, bien—, mayormente encorbatado, y además a todas horas como ensimismado y de medio perfil, muy en

plan Barrimore. Soraya dice que Ángel tiene *al-lure*, pronunciándolo divinamente en francés, lo habla como un papagayo, y lo mismo el inglés y el italiano, y un poquito de sueco y de alemán, y sus cositas en portugués y en griego del de ahora y hasta en árabe, y el español, no digamos: como doña Jacinta Benavente, que en gloria y bien acompañada esté. Soraya es una mujer muchilingüe, como dice La Begum. Qué envidia, la verdad. Servidora a todo quisque le reconoce sus méritos, que eso no me da empacho. Qué maravilla eso de saber tantísimos lenguajes y poder de pronto liar-se de palique con cualquiera. Es como si te movieran una teclita y, hala, a largar en franchute o en lo que se tercié. Y no como una, que aquí estoy, hablando a duras penas el español y de cualquier forma. Porque ya no lo hablo ni como antes. Eso sí que es una lástima. De verdad, yo lo reconozco.

Si es que esta vida es muy perra. Y Radio Nacional venga a dar la matraca con aquella música de chin-pún, chin-pún. Y La Begum sin enseñar el moño por ninguna parte. Menudo putón. Bueno, a La Begum sí que es un espectáculo escucharla hablar ahora. Es que se ha vuelto finísima. Todo lo dice con ese, ay la leche que mamó. Na-

die sabe cómo se las apaña la tía para buscarse montones de palabras llenas de eses por todas partes en cuanto tiene que decir cualquier cosa. Y además habla así, lánguida, sin despegar casi nada los labios, arrugando un poco el hociquito, como si tuviera jaqueca todo el rato. Huy, ella nunca dice estas moderneces que ahora suelta todo el mundo. Qué va. Ella como si hubiera estudiado en El Cuco, que es un colegio carísimo de Jerez, para niñas de lujo, la mar de exclusivo. Soraya dice mucho eso de «exclusivo». Por lo visto, en inglés se usa una barbaridad. A mí me encanta, y por eso lo digo. Yo digo de todo. A veces hasta me da coraje, pero no puedo evitarlo; a La Begum el día menos pensado se le va el tonteo ese de la labia y la pronunciación y a saber, eso sí, qué cosa nueva se le ocurre, pero lo mío no tiene remedio. Antes, cuando llegué a Madrid, y hasta en los primeros años, yo hablaba mi andaluz de toda la vida, esa manera de decir las cosas que es una preciosidad, con esas palabras tan divinas, con ese comerse letras por todas partes, que la lengua se te va sola, y la verdad es que a la larga me entendía todo el mundo. Lo de ahora es un guirigay, y es que no lo puedo remediar; yo creo que es cosa de las hormonas, para mí que las hormonas me

están cambiando hasta el dicho. Y luego una que es muy sociable y la mar de antojadiza, caprichosilla por naturaleza. Casi toda la basca de ahora también es así, se lo monta a su aire en esto de la conversación y hay que estar al tanto, porque en el fondo es que tiene su gracia, y al fin y al cabo es sólo una manera de decir las cosas, y ahora es que todo el mundo se lo hace igual, y tampoco creo que eso sea tan malo. Lo que pasa es que a mí a veces, cuando lo pienso, me puede entrar una tristeza grandísima. Hay montones de cosas que yo decía antes y ahora muchísimas ya ni se me ocurren. Ahora lo digo de otro modo. Ahora lo digo todo mezclado. Una fatalidad. El destino de una que es así. El destino de una que es ser mitad y mitad; pero no en orden —como las sirenas, como los centauros—, qué va, qué más quisiera yo. Lo nuestro es ser mitad y mitad, pero a la rebujina, para qué engañarse.

Es lo que me pasa siempre: me pongo a contar tan ricamente las cosas, se me va cada dos por tres el santo al cielo, me lío de pronto a pensar y ya la jorobamos; se me pone el ánimo chuchurrío.

Pero si eso es hoy, que al fin y al cabo el susto gordo ya pasó, para qué decir cómo andaba yo de lo espiritual aquella noche del 23. Yo venga a

rezarle, así, a media voz, a la Virgen de Regla: «Ay, Virgencita de Regla, que digan algo». Pero como si nada: las de Radio Nacional, mudas. Y las de la tele, que de pronto se me ocurrió encenderla, como si tal cosa: allí estaban dando *Con ocho basta*. A mí era un programa que me entretenía horrores, por qué mentir, y yo soltaba mis lagrimitas de vez en cuando, pero aquella noche es que no venía a cuento y, automáticamente, hasta el renacuajo de Nicholas me cayó jartible. Si es que hay que ver esas mujeres de la tele cómo son; bueno, también podían haber caído todas muertas. Es que menudo susto. Y, encima, aquel padecimiento tan horroroso del no saber. «Virgencita del Rocío, Blanca Paloma, Reina de las Marismas: que digan algo.» Y entonces, como un milagro, me dio por darle al botoncito del transistor, y al segundo salieron charlando como cotorras medio histéricas, pero divinas, todas esas mujeres tan maravillosas de Radio Intercontinental.